

procamente se aborrecen, y los que profesan un mismo oficio lucrativo, entre quienes muy de ordinario sucede lo propio, responde el Santo, que unos, y otros se aborrecen, no por ser semejantes, sino porque mutuamente se impiden aquel bien á que aspiran: el soberbio á otro soberbio la excelencia que pretende: el Artifice á otro del mismo oficio parte de la ganancia. Lo propio decimos nosotros. El semejante nunca es aborrecido por ser semejante (si fuese así, todos los semejantes serian aborrecidos de sus semejantes), sino porque se considera incómodo. Pero añado: tampoco el semejante, que se ama, se ama por ser semejante (si fuese así, todos los semejantes serian amados de sus semejantes), sino porque se considera bueno, ó util al que le ama. Nunca puede ser causa motiva del amor otra, que la bondad, ó honesta, ó util, ó delectable.

§. VIII.

31 **P**Robado yá que la semejanza no es, como se imagina, causa general del amor, substituirémos en su lugar otra, que verdaderamente lo es. Entramos en mas curiosa, y sutil Filosofía. Hablo de la causa dispositiva que los Filósofos reducen al genero de causa material. El amor es efecto, y juntamente forma del sugeto. En razon de efecto es el sugeto causa eficiente suya: en razon de forma es el mismo sugeto su causa material. Como efecto, pide en el sugeto virtud, ó actividad: como forma, pide disposicion; pues ningun sugeto puede recibir alguna forma, sin estar previamente dispuesto para ella. Todos los mysterios del amor penden de esta causa dispositiva: y sin embargo no hay quien, tratando del amor, se acuerde de ella. ¿Por qué, siendo todos los hombres de una misma naturaleza, uno ama una cosa, y otro otra? Por qué este ama lo que aquel aborrece? Por qué éste es ardiente en amar, y aquel tibio? Por qué algunos miran con perfecta indiferencia las personas del otro sexo, de quienes otros apenas se pueden apartar? Por qué éste entre las personas, yá de uno, yá de otro sexo, solo ama á una inferior en

merito á otras muchas, insensible para todas las demás? Por qué un mismo sugeto aborrece hoy lo que amaba ayer? ó al contrario? Por qué éste ama á quien le corresponde, y aquel arde por quien le desdena? Por qué unos distrahen la voluntad á muchos, y varios objetos; otros no adoran mas idolo, que el deleyte, ó conveniencia propia?

32 Diranme acaso, que toda esta variedad proviene de la varia representacion objetiva: y dirán bien, si hablan de la causa inmediata; mas no, si entienden, que la varia representacion objetiva es causa radical, ó primordial de esta variedad. Hay dos especies de representacion objetiva, no solo distintas, mas aun realmente separables: una puramente especulativa, ó theórica, otra eficaz, y práctica: una, que existe en el entendimiento, dexando la voluntad intacta; otra, que aunque existe en el entendimiento, tiene influxo, y mocion, respecto de la voluntad. La distincion de estas dos representaciones se vé claramente, y se experimenta á cada paso en el que conoce, que el bien honesto es preferible al delectable; sin embargo abraza el delectable, abandonando el honesto, segun aquello de Ovidio:

..... *video meliora, proboque,
Deteriora sequor.....*

Y en el enfermo, que conociendo serle mucho mas conveniente sufrir la sed, que faciarla, no la sufre, antes la facia. En estos, y otros innumerables casos hay á un mismo tiempo dos representaciones objetivas encontradas: la una theórica, que propone como preferible el bien honesto, ó el util: otra práctica, que influye, para que se abraze el delectable. ¿Por qué aquella es puramente theórica, y ésta práctica? Por qué ineficaz aquella, y eficaz ésta? No mas, que porque aquella no halla disposicion en el sugeto, y ésta sí. Así sin variarse nada intrinsecamente el conocimiento theórico, solo con variarse la disposicion del sugeto, pasará el theórico á práctico: lo qual frecuentemente sucede.

¿Mas

33 Mas qué disposicion es esta? Hayla de dos maneras. En cada individuo hay una disposicion permanente en su naturaleza, y otras, que son pasajeras: aquella consiste en el temperamento de cada uno; estas en las accidentales alteraciones del temperamento. Del temperamento viene aquella constitucion habitual del ánimo, que llamamos genio, ó indole, la qual, aunque padezca á tiempos sus desigualdades, ó sus altos, y baxos, siempre no obstante, permanece en razon de habitual. Así decimos, que este es iracundo, aunque alguna vez le experimentemos pacífico: de éste, que es pacífico, aunque tal vez le veamos ayrado: de tal, ó tal temperamento viene, tal, ó tal genio, y de las alteraciones accidentales del temperamento vienen las desigualdades del genio, ó indole. En un enfermo se vé, que casi (y aun sin casi, si la enfermedad es muy grave) todos sus afectos, y apetitos se mudan. ¿Por qué, sino por la alteracion, que recibió su temperie?

34 Mas qué temperamento será el que dispone para amar? el bilioso? el flemático? el sanguíneo? el melancólico? Inútilmente se buscará en esta division de temperamentos el que inquirimos, pues todas estas especies de temperamentos vemos en sujetos de genio muy amatorio, y en sujetos, que adolecen poco, ó nada de esta passion. Lo mismo digo de los temperamentos, que resultan de los principios chymicos, sal, azufre, mercurio, agua, y tierra. Tampoco los humores ácidos, amargos, dulces, acerbos, austeros, &c. que contemplan los modernos como causas principalísimas de las alteraciones de nuestros cuerpos, ofrecen alguna idea de ser influxivos en el amor. Es preciso discurrir por otro camino.

35 Digo, pues, que el origen así del amor, como de todas las demás pasiones, no puede menos de colocarse donde está el origen de todas las sensaciones internas. La razon es clara: porque el exercicio de qualquiera passion no es otra cosa, que tal, ó tal sensacion exercida, ó ya en el corazón, ó en otra entraña, ó miembro. El que ama, experimenta una determinada sensacion en el corazón, que

es propria de la passion amorosa: el que se enfurece, otra sensacion distinta, que es propria de la ira: el que se entristece, otra distinta; que es propria de la tristeza: el hambriento experimenta en el estomago la sensacion propria del hambre: el sediento la de la sed: el luxurioso experimenta en otra parte del cuerpo la sensacion propria de la lascivia.

36 Y dónde está el origen de todas estas sensaciones? Indubitablemente en el cerebro; no solo porque en el cerebro está el origen de todos los nervios, que son los instrumentos de ellos, mas tambien porque palpablemente se vé, que algunas, si no todas, jamás se experimentan, sin que preceda en el cerebro la representacion de los objetos de aquellas pasiones, á quienes las sensaciones corresponden. Solo siente el corazón aquella commocion, que es propria del amor, luego que en el cerebro se estampó la imagen del objeto agradable: la que es propria de la ira, luego que se estampó la imagen de la ofensa; y así de las demás.

37 Pero acaso la alma por sí misma inmediatamente lo hace todo; y como ella manda en todo el cuerpo, á su imperio solo, sin mediar el manejo del cerebro, se excitan estas sensaciones. Es evidente que no; pues muchas veces se excitan, no solo no imperandolo, ó queriendolo la alma, mas aun repugnandolo, ó desistiendo positivamente. Así estos son, por la mayor parte, unos movimientos involuntarios: y aun quando son voluntarios, solo lo son ocasionalmente. Es, pues, preciso confesar, que esta es obra de un delicadísimo mecanismo, el qual voy á explicar.

§. IX.

38 Luego que algun objeto se presenta á qualquiera de los sentidos externos, hace una determinada impresion en los ramos de los nervios, que son instrumentos de aquel sentido: impresion, digo, verdaderamente mecánica, que realmente los agita, y commueve de éste, ó de aquel modo. Bien sé que los Filósofos de la Escuela no

conocen otra operacion de los objetos , respecto de los sentidos , que la produccion de una imagen , que los representa : á lo que acaso dió ocasion el sentido de la vista , en cuyo organo se forma la imagen de su objeto. Pero sobre que en los demás sentidos no hay , ni es conceptible semejante imagen , aun en el de la vista hay ciertamente , fuera de la produccion de la imagen , verdadera impulsión del objeto ácia el organo ; porque sino , pregunto : ¿por qué un objeto , excesivamente blanco , ó nimiamente brillante , mirado un largo rato continuadamente , daña los ojos , y causa dolor , y alteracion en ellos ? No por la precisa produccion de su imagen , pues la misma produce en un espejo de vidrio ; sin que , aunque esta produccion se continúe por muchos dias , y años en el vidrio mas delicado , haga en él el menor estrago.

39 Hay , pues , verdadera impulsión de los objetos en los organos de los sentidos : de los visibles en la tunica , llamada retina , que es un tejido de las fibras del nervio optico : de los sonoros en el timpano del oído : de los olorosos en los filamentos , que del primer par de nervios salen por los agujerillos del hueso criboso , y se distribuyen por la membrana , llamada mucosa , que viste por adentro las narices : de los sapidos en las papilas nerviosas de la lengua , y paladar : de los tangibles en los ramos de nervios esparcidos por todo el ambito del cuerpo.

40 La impresion , que hacen los objetos en los organos de todos los sentidos , se propaga por los nervios hasta el cerebro , donde está el sensorio comun ; y mediante la commocion , que reciben las fibras de esta parte principe , se excita en la alma la percepcion de todos los objetos sensibles. Muchos Filósofos modernos quieren que en el cerebro se estampen las trazas , figuras , ó imagenes de los objetos , al modo que se abren en una lamina , ó en un poco de cera. Pero tengo esto por incomprehensible : ¿la instantanea , y , digamoslo así , ciega impulsión del objeto , sobre tal , ó tal nervio , es capaz de formar esa imagen ? La alma no sabe que hay tal imagen : y con todo quieren que en ella

co

conozca el objeto. Finalmente quisiera saber , cómo puede figurarse en el cerebro el calor , el frio , el sonido , el olor , &c. Ni es menester nada de esto , para que la alma perciba los objetos. Esta percepcion es una resultancia natural de la commocion de las fibras del cerebro , siendo la conexión de uno con otro consiguiente necesario de la union del alma al cuerpo.

41 Debe suponerse , que las impresiones , que hacen los objetos , no son uniformes , sino distintas , como los objetos. Esta distincion es en dos maneras. Es distinta la impresion , por el modo , y por la parte en que se hace : la impresion , que hace en el cerebro el objeto agradable , aunque se haga en las mismas fibras , es muy distinta de la que hace el objeto ingrato : y aun en la clase de gratos , como tambien en la de ingratos , hay gran variedad. Pongo por exemplo : Los manjares , segun los diferentes sales de que constan , segun la diferente figura , tamaño , rigidéz , flexibilidad , copia , ó inopia de ellos , hacen distinta impresion en las fibras de la lengua : unos grata , otros ingrata , y con gran variedad entre los mismos que la hacen grata , como asimismo entre los que la hacen ingrata ; porque no hay especie alguna de manjar , que convenga enteramente con otra en el tamaño , configuracion , textura , y cantidad de sus sales. Todas estas varias impresiones , conservando cada una su especie , se comunican al cerebro por los nervios , ó de la quinta , ó de la nona conjugacion , que son los que se ramifican en la lengua , ó por unos , y otros : y precisamente en el cerebro , cuyas fibras dan origen á aquellos nervios , se hace una commocion proporcionalmente á la que recibieron las fibras de la lengua , en que consiste la sensacion grata , ó ingrata de esta , ó aquella especie , que hay en el cerebro ; y mediante ella resulta la percepcion , que logra el alma de los diferentes sabores de los manjares.

42 La impresion , que hacen los objetos en el cerebro , se debe entender varia , segun las leyes del mecanismo ; esto es , segun los varios objetos , que obran en él. Estas , ó aquellas

llas

llas fibras yá se implican, yá se separan, yá se corrugan, yá se estienden, yá se comprimen, yá se laxan, yá se ponen mas tirantes, yá mas floxas, yá mas flexibles, yá mas rigidas, &c. y segun esta variacion mecánica son varias las sensaciones.

43 Algunos nobles Filósofos sienten, que todas las sensaciones se hacen en el cerebro: quiero decir, que aun las que imaginamos celebrarse en los organos de los cinco sentidos externos, no se exercen en ellos, sino en el cerebro: consiguientemente afirman, que hablando rigurosa, y filosoficamente, ni el ojo vé, ni el oído oye, ni la mano palpa, sino que todos estos ejercicios son privativamente propios del cerebro. Ni son despreciables los apoyos en que se funda esta paradoxa. En la enfermedad, que llaman *Gota serena*, el organo particular de la vista está perfectamente bien dispuesto; sin embargo, el sugeto, que padece esta enfermedad, nada vé, no por otra razon, sino porque en virtud de la indisposicion de los nervios opticos no se propaga hasta el cerebro la impresion, que los objetos hacen en el ojo. Un apoplectico perfecto no padece indisposicion alguna en el pie, ó en la mano; sin embargo, aun que le puncen el pie, ó la mano, nada siente, solo porque las fibras del cerebro están impedidas para recibir la impresion, que el cuchillo, alfiler, ó aguja hacen en el pie, ó en la mano. Aquellos, á quienes han cortado una pierna, experimentan una sensacion dolorosa, como existente en el pie, que yá no tienen. Sabese por testificacion de ellos mismos, que por dos, ó tres dias despues de hecha la amputacion, padecen un dolor atroz, como que les estrujan los dedos del pie. De que se infiere, que la representacion, ó idea, que tenemos, de que en el pie, ó en la mano se siente el dolor, es engañosa; pues la misma representacion, y igualmente viva, se halla en el que no tiene pie, que en el que le tiene. Como las fibras nerveas, que ván de los dedos del pie al cerebro, padezcan en el cerebro, ó sea por la amputacion, ó por otra causa, la misma, ó contorsion, ó compresion, ó distraccion, que quando se estrujan los

de-

dedos del pie; será fixo padecerse la misma sensacion dolorosa, saltando el pie, que si se estrujasen los dedos del pie. Pero esta quæstion poco, ó nada importa á nuestro proposito. Prescindiendo, pues, de ella, veamos yá como se excita el amor.

§. X.

44 **T**Res especies de amor distingo: *Apetito puro*, *amor intelectual puro*, y *amor patetico*. El *apetito puro*, que con alguna impropriedad se llama *amor*, se termina á aquellos objetos, que deleytan los sentidos externos, como al manjar regalado, al olor suave, á la musica dulce, al jardin ameno. Este amor se excita precisamente por la experiencia, que tiene el alma de la sensacion grata, que le causan estos objetos. La alma naturalmente apetece, y se inclina al gozo de lo que la deleyta: y así no es menester mas requisito para excitar en ella ese amor, que la experimental representacion de la sensacion grata, que causa tal, ó tal objeto.

45 El amor intelectual puro viene á ser el que los Theólogos Morales llaman *apreciativo*, á distincion del *tierno*. Damosle aquel nombre, porque es mero exercicio del alma racional, independiente, y separado de toda conmocion en el cuerpo, ó parte sensitiva. Este se excita por la mera representacion de la bondad del objeto. El alma ama todo lo que se le representa bueno, sin ser necesaria otra cosa mas que el conocimiento de la bondad. Así ama, aun separada del cuerpo: y el amor intelectual puro, de que hablamos, realmente en quanto al exercicio, es semejante al que tiene el alma separada.

46 El amor patético es el proprio de nuestro asunto. Este es aquel afecto fervoroso, que hace sentir sus llamadas en el corazon, que le inquieta, le agita, le comprime, le dilata, le enfurece, le humilla, le congoja, le alegra, le desmaya, le alienta, segun los varios estados en que halla al amante, respecto del amado: y segun los varios objetos, que mira, yá es divino, yá humano, yá celeste, yá terrenal.

Tom. VII. del Theatro.

Aaa

no,

no, yá santo, yá perverso, yá torpe, yá puro, yá angel, yá demonio.

47 Quando digo, que hay amor patético, torpe, y perverso, no se debe entender, que por sí mismo lo sea, sino por la concomitancia, que á veces tiene con el torpe apetito. Es cierto, que el amor muy ardiente á fugeto de distinto sexo, sino cae en un temperamento muy moderado, está arriesgado á la agregacion de una pasión lasciva; pero aun quando suceda esta agregacion, se deben contemplar, no como una sola, sino como dos pasiones diversas, ó como dos distintos fuegos, uno noble, otro villano, que como tales tienen su asiento, y se hacen sentir, aquel en el corazon, parte principe del hombre, éste en la oficina mas baxa de este animado edificio: aquel es propriamente amor, este mero apetito. Desprendense no pocas veces algunas centellas del primero, que encienden el segundo; mas no por eso se deben confundir, ó juzgarse inseparables; antes bien son muy diversos los temperamentos, que encienden una, y otra pasión en grado sobrefuerte. Así se vé que los hombres muy lascivos no son de genio amatorio: apetecen, no aman: son como los brutos: quieren, no el objeto, sino el uso: de que se sigue, que faziendo el apetito, queda el corazon en perfecto reposo.

48 En esta especie de amor (digo el patético) hay notable discrepancia de unos individuos á otros. Hay algunos de indole tan tierna, de condicion tan dulce, que se enamoran casi de quantos tratan, y como se suele decir, á todos quieren meter en las entrañas; al contrario otros, tan despegados, tan secos, tan duros, que ningun merito basta á conciliar su cariño. No apruebo lo primero; pero abomino lo segundo. Aquellos son unos genios suaves, indulgentes, benignos, que carecen de eleccion; pero en recompensa abundan de bondad: estos son unos montaraces, agreltes, malignos, á quienes todo desplace, sino lo que mas debiera displacerles; esto es, ellos á sí mismos. Los primeros no son muy discretos; pero los segundos

declinan á irracionales: pues como advirtió muy bien Juan Barclayo, solo animos enteramente barbaros son insensibles á los atractivos del amor: *Amor in omnium animis, nisi prorsus barbaris, regnans* (a). Entre estos dos extremos hay un medio, y aun muchos medios, segun que unos genios se acercan mas que otros á uno, ù á otro extremo.

49 Hay tambien gran diferencia de unos hombres á otros en quanto á la intension de amar. Hay quienes solo son capaces de una pasión tibia, que los inquieta poco: que miran con ojos enjutos, no solo la ausencia, mas aun la muerte de un amigo: y quienes se apasionan tan violentamente, que apenas pueden vivir sin la presencia del objeto amado. Entre estos dos extremos hay tambien sus medios.

§. XI.

50 Toda esta diversidad viene de la diferente impresion, que hacen los objetos en los organos de distintos individuos. Hacen, digo los mismos objetos, ó un objeto mismo en especie, y en numero, diversa impresion en los celebros de distintos hombres. Es preciso que así sea, por razon de la diferente textura, configuracion, tamaño, movilidad, tension, y otras circunstancias de las fibras del cerebro de distintos sugetos. Es cierto, que como nos distinguimos unos de otros en las partes externas, ni mas, ni menos sucede en las internas. ¿Por qué la naturaleza havia de ser invariable en éstas, afectando tanta variedad en las otras? Como nosotros vemos en las partes externas de algunos hombres varias irregularidades monstruosas, los Anatómicos las han hallado muchas veces en las internas. No es creible, que yendo la naturaleza consiguiente de unas á otras en estas discrepancias mayores, no vaya tambien consiguiente en las menores.

51 Puesto esto, es facil concebir cómo un mismo objeto haga impresion diversa en las fibras del cerebro de dif-

tiutos hombres. La Filosofia Experimental nos muestra á cada paso, que el mismo agente, sin variacion alguna en su virtud, en diverso paso produce diferente efecto: y que el mismo motor, conservando el mismo impulso, por la diferente configuracion, magnitud, positura, y textura del móvil, produce en él diferente movimiento. Tiene, pues, este hombre las fibras del cerebro de tal modo condicionadas, que presentandose á sus sentidos un objeto hermoso, hace en ellas aquella impresion que causa el amor: este las tiene tales, que el objeto no hace, ni puede hacer en ellas tal impresion. Del mismo modo se debe discurrir para el mas, y para el menos. De la disposicion de las fibras viene, que en uno haga vehementissima impresion el objeto hermoso; en otro floxa, y débil.

52 Con proporcion sucede lo proprio, respecto de las demás pasiones. Segun que las fibras del cerebro son de tal textura, posicion, consistencia, flexibilidad, ó rigidéz, sequedad, ó humedad, &c. son mas, ó menos aptas, para que en ellas el objeto terrible forme aquella impresion, que causa el miedo, ó el melancólico la que excita la tristeza, ó el ofensivo la que excita la ira.

53 ¿Mas cómo de la impresion, que hacen los objetos en el cerebro, resultan en el corazon estos afectos? Todo, como dixé arriba, es obra de un delicadísimo mecanismo. Así como la impresion, que hacen los objetos en los organos de los sentidos externos, se propaga por los nervios hasta las fibras del cerebro, la impresion, que hacen en las fibras del cerebro, se propaga por los nervios hasta el corazon. La experiencia propia muestra á cada uno tal sensacion determinada, quando ama con alguna vehemencia; otra diversa, quando se amedrenta, otra quando se irrita, &c. Del cerebro vienen todas estas diferentes commociones: lo qual se evidencia de su inmediata sucesion á la impresion en el cerebro; segun que la impresion en el cerebro es diferente, es diferente tambien la sensacion del corazon.

§. XII.

54 ¿Pero será posible especificar las impresiones, que causan tan diferentes sensaciones; esto es, señalar, qué especie de movimiento constituye á cada una de ellas? Materia es esta solo accesible al entendimiento Angélico. Mas por un genero de analogía, yá con los efectos que causan, yá con algunas sensaciones externas, creo podrémos caracterizarlas de algun modo. Siguiendo esta idea, me imagino, que el movimiento, que causa la sensacion de amor en el corazon, es undulatorio; el que causa la del miedo, compresivo; el que causa la ira, crispatorio: y á este modo se puede discurrir de los movimientos productivos de otras pasiones. El tener las fibras del cerebro mas aptas para recibir un movimiento que otro, hace que los hombres adolezcan mas de una passion, que de otra. Este las tiene dispuestas para recibir un suave movimiento undulatorio; adolecerá de la passion amorosa: aquel para recibir movimiento crispativo; será muy propenso á la ira.

55 Es preciso tambien advertir, que esta disposicion se debe continuar en el nervio, ó nervios por quienes se comunica el movimiento al corazon, para que á éste se comunique la impresion hecha en el cerebro: así como para que al cerebro se comunique la impresion, que los objetos hacen en los organos de los sentidos externos, es menester, que los nervios, por donde se hace la comunicacion, estén aptos para recibir, y comunicar el movimiento.

56 Es verisimil, que la comunicacion de movimiento del cerebro al corazon, para todas las pasiones, que tienen su exercicio en esta estroña, se haga por el nervio, que llaman los Anatómicos *Intercostal*, y se compone de ramos del quinto, sexto, y decimo par; porque parte de dicho nervio se distribuye en el corazon, y parte se ramifica por los pechos, y partes genitales: comunicacion, por la qual Thomás Willis explicó mecánicamente varios fenómenos, pertenecientes al deleyte sensual, y venereo: materia sin duda de muy curiosa Phisica; pero mirada con asco de la Ethica.

57 Debe discurrirse, que así como de la textura del cerebro pende la impresion, que hacen en él los objetos, la textura del corazon contribuya mucho, para que obre mas, ó menos en él la impresion, que viene del cerebro: esto por la regla general, de que todo agente obra mas, ó menos, segun la mayor, ó menor disposicion del paso. Así unos tendrán el corazon mas dispuesto para la sensacion de amor, otros de ira, &c.

§. XIII.

58 Finalmente es de creer, que la calidad, y cantidad de los liquidos, que bañan el cuerpo, tenga su parte en el exercicio de las pasiones: pongo por exemplo, que el humor falso contribuya á la luxuria, el amargo á la ira, el austero á la tristeza. Mas es necesario para esto, que cada humor tenga algun especial afluxo á aquella entraña, donde se exerce la passion, que corresponde á su influencia. El que en el estomago se congregue mucha copia de humor falso, ó amargo, nada hará, para que el furo sea furibundo, ó lascivo. Es menester, que el amargo se congregue ácia el corazon, y el falso en otra entraña. Así se vén hombres, que abundan de humor falso, sin ser lascivos, y del amargo, sin ser iracundos. El afluxo de tal, ó tal humor, mas ácia una parte del cuerpo, que ácia otra, es cosa experimentadísima en la Medicina. La causa de esto es hallar mas ácia una parte, que ácia otra, poros, conductos, ó canales proporcionados, por su configuracion, y tamaño, á la figura, y magnitud de las particulas insensibles de cada humor.

59 ¿Mas qué humor será el proprio para contribuir á la passion amorosa? Eso es lo que yo no sé, ni juzgo, que nadie sepa. No lo sé, digo; pero imagino, que en la sangre propriamente tal está depositado este mysterio. Es sangre propriamente tal, no todo el licor contenido en venas, y arterias, sino aquella parte de él, en quien separada del resto, subsiste el color rubicundo, y cuya cantidad es menor, que la de otros humores, contenidos en los vasos

sa-

sanguineos, como se vé en la sangre extrahida con la lanceta, pues en la vasija donde se deposita, en haciendose la disgregacion, la porcion rubicunda ocupa mucho menos espacio, que otros humores, yá verdes, yá aquosos, yá amarillos.

60 En la sangre han observado los modernos partes terrestres, aqueas, oleosas, espirituosas, y salinas. Acafo el predominio, ó exceso respectivo de las oleosas conducirá para el amor. La inflamabilidad, y flexibilidad de ellas representa á la imaginacion cierta especie de analogía, con aquel blando fuego, que siente el pecho en la passion amorosa. Acafo alguna determinada especie de sales, ó determinada combinacion de sales diferentes (puesto que hay muchos, y diversos en la sangre, y discrepantes en distintos individuos), mordicando suavemente el corazon, tiene su parte en la sensacion del amor. Mas pase todo esto por mera imaginacion. Si la autoridad de un Poëta fuese de algun valor en un asunto physico, Virgilio nos ministraba una buena prueba, de que la sangre es el fomento proprio del amor, quando hablando de la infeliz Dido, cantó:

Vulnus alit venis, & caco carpitur igne.

61 Esto es lo que me ha ocurrido sobre la causa dispositiva, ó temperamento proprio del amor, y otras pasiones. Espero de la equidad del Lector, que aunque no haya hallado en algunas partes de este Discurso aquellas pruebas claras, que echan fuera las dudas, no por eso acuse mi cordedad. Debe hacerse cargo, de que en una materia obscurísima, y hasta ahora tratada de nadie, qualquiera luz, por pequeña que sea, es muy estimable. Hay asuntos, que piden mas penetracion para encontrar lo verisimil, que se ha menester en otros para hallar lo cierto.

§. XIV.

62 Por complemento del Discurso propondré una question curiosa sobre la materia de él. ¿Qué estimacion debe dar la Politica á los genios amatorios? Debe apre-

apreciarlos, ó despreciarlos? Considerarlos magnánimos, ó pusilánimes? Generosos, ó débiles? Aptos, ó ineptos para cosas grandes? Dos famosos ingenios veo muy opuestos en esta materia. Uno es el gran Canciller Bacón, el otro Juan Barclayo. El primero, en el Tratado, que intituló: *Interiora rerum*, cap. 10, abiertamente se declara contra los genios amatorios, ó contra el amor intenso, tratandolo como pasión humilde, que no cabe en animos excelsos. *Observare licet neminem ex viris magnis, & illustribus fuisse, quorum extat memoria, vel antiqua, vel recens, qui adactus fuerit ad insanum illum gradum Amoris. Unde constat animos magnos, & negotia magna infirmam hanc passionem non admittere.* Barclayo al contrario, reconoce espíritus altos en los genios amatorios, *Est autem (dice) hominis animus, quem ad amandum Natura produxerit, clementibus, magnisque spiritibus factus.*

63 Creo, que la opinion comun está á favor de Bacón, y que casi universalmente están reputados los genios amatorios por espíritus pueriles, y afeminados. Yo estoy tan lexos de ese sentir, que antes me admiro mucho, de que un hombre de tanta lectura, y observacion como aquel gran Canciller, pronunciasse con tanta generalidad la máxima, de que ningun grande hombre adoleció de la pasión amorosa. Es verdad, que luego exceptúa á dos, Appio Claudio, y Marco Antonio; pero á estos dos solamente, quando pudiera texer un larguísimo indice de almas grandes, sujetas á la misma enfermedad. Mucho, que siquiera no le ocurriesen enfrente de aquellos dos Romanos, dos Griegos, no menos famosos por sus hechos, ni menos sensibles á los alhagos del amor, Alcibiades, y Demetrio el Conquistador.

64 Pero mucho mas es, que olvidasse un exemplar insignificante, opuesto á su máxima, que tenia delante de los ojos. Hablo de Henrique el Grande, ilustrísimo Guerrero, Principe generosísimo, de alto entendimiento, de incomparable magnanimidad; pero extremadamente dominado toda su vida de la pasión amorosa. Ni los mayores afanes de la

Guer-

Guerra, ni los peligros de la vida, ni las ansias de la Corona, eran bastantes á apartarle el corazón por una hora de aquel doméstico enemigo. Dixo bien un Autor moderno de gran juicio, que si Henrico careciese de este embarazo, era capaz de conquistar toda la Europa. Su ternura atajó muchos progresos de su valor. Al momento que acabó de ganar la Batalla de Coutras, debiendo seguir la Armada enemiga, é ir á cortarle el paso de Saumur, como le aconsejaba el de Condé, separandose con quinientos Caballos, fue volando á la Gascuña, adonde le llevaba como anaftrado la Condesa de Guiche, y así perdió los mejores frutos; que pudo producirle aquella victoria. Lo mas es, que en Henrico se hicieron realidades los indignos abatimientos, que la fabula atribuyó á Hercules, en obsequio de su adorada Omphale. Henrico, aquel rayo de Marte, y admiracion del Orbe, se vistió tal vez de Labrador, y cargó con un costal de paja, por introducirse al favor de este disfráz, no pudiendo de otro modo, á la bella Gabriela. La Marquesa de Vernevil le vió mas de una vez á sus pies, sufriendo sus desprecios, é implorando sus comiseraciones. Todo lo cuentan Autores Franceses.

65 No se opone, pues, el amor al valor. Pero es verdad, que no pocas veces estorva el uso de él, distrayendo el animo de los empeños, en que le ponen, ó la ambicion, ó la honra, á los que inspira aquella pasión predominante, de que es un notable exemplo en los tiempos cercanos el celebrado Henrico, cortando improvisamente el curso á sus triunfos, por ir á buscar en la Gascuña á la Condesa de Guiche: y en los remotos, Antonio, desamparando repentinamente su Armada combatiente, por seguir á la fugitiva Cleopatra. Pero tambien es cierto, que muchos supieron separar los oficios del valor, y del amor, dando al segundo solo aquel tiempo, que sobraba al primero, como se vió en Alcibiades, en Demetrio, en Sylla, en Surena General de los Parthos, y en infinitos de nuestros tiempos.

66 No por impugnar la máxima de Bacón, admito sin modificación, ó explicacion la de Barclayo. Si por espíri-

tus altos se entiende aquella virtud del ánimo, que llamamos valor, ó fortaleza, no veo, que el temperamento amatorio tenga conexión alguna con ella, aunque, como hemos visto, tampoco tiene oposición. En unos sujetos se junta con ella, en otros con el vicio contrario, porque es indiferente para uno, y otro. Es verdad, que el amor vehementísimo hace los hombres animosos; pero solo para aquellas empresas, que conducen al fin del mismo amor. Esto es general á otras pasiones muy predominantes. El que es muy codicioso, aunque sea tímido, expone su vida á los riesgos del mar, por adquirir riquezas: el muy ambicioso á los de la guerra, por elevar su fortuna.

67 Si por espíritus altos se entiende un genero de nobleza del ánimo, que le inclina á ser dulce, benigno, complaciente, humano, liberal, obsequioso, convengo en que los genios amorosos están dotados de esta buena disposición: advirtiéndome, que hablo precisamente del amor pudico, porque el apetito torpe, por grande que sea, es muy conciliable con la fiereza, con la rustiquez, con la insolencia, con la crueldad: con la barbarie, como se vió en los Tiberios, Caligulas, y Neronos (a).

RE.

Noticia, y vanidad de los Filtros.

(a) FUE notable descuido, que tratando de las causas del amor, especialmente de la que llamamos dispositiva, no nos ocurriese tocar algo de los Filtros. Pero ahora suplirémos esta falta, porque importa mucho desterrar uno, ú otro error, que hay en esta materia. *Filtro*, voz Griega, significa droga, ó medicamento destinado á conciliar el amor de alguna persona. Dicese, que los hay de dos maneras: unos supersticiosos, diabólicos, pertenecientes á la magia negra: otros licitos, naturales, pertenecientes á la magia blanca.

2 De la posibilidad de los primeros no se debe dudar: porque presenciando de las historias, que califican su existencia, entre las quales es bien verisímil haya no pocas fabulosas, es cierto que puede el demonio dár una tal disposición al cerebro de qualquiera persona, que, en virtud de ella, un objeto, que antes no le agradaba, haga en él una impresión gratísima, por la qual conciba el sujeto una vehemente inclinación á aquel objeto.

3 Pero es bien advertir, que rarísima vez permite Dios al demonio

REMEDIOS DEL AMOR.

DISCURSO DECIMOSEXTO.

§. I.

1 HAVIENDO explicado en el Discurso pasado la Enfermedad, conviene, que en este tratemos del Remedio. Dos errores opuestos, muy frecuentes uno, y otro, hallo en esta materia. Los que adolecen gravemente

de nio esta operacion; y así comunísimamente se frustran los encantamientos, ó hechizos amatorios; quedándole los desdichados, que usan de ellos, con la horrenda mancha de tan atroz delito, y ardiendo juntamente sin alivio alguno en la impura llama, que les induxo á cometerle. Esto dicta claramente el concepto, que debemos hacer de la Divina Providencia. ¿Qué fuera del mundo, que fuera de los hombres, si Dios le dexara al demonio executar todo lo que puede, ó todo lo que solicitan de él algunos perversos, que no dudan sacrificar el alma á la satisfacción del apetito? Esto mismo confirma la experiencia; pues se sabe de muchos, que tentando por tan detestable medio el deshecho de sus pasiones, no lograron el fin pretendido. Esto es, en fin, conforme á la malignidad del demonio, que porque de todos modos padezca el hombre, procura inducirle al delito, y privarle del fruto del deleyte.

4 Insufrible es la simpleza del vulgo en esta materia. Apenas se vé alguna pasión de amor vehementísima, y contumaz, que muchos no sospechen, que es causada de hechizo. Y tal vez se llega á la extravagancia de sospecharle, aun quando de parte del objeto amado se reconore bastante atractivo. Insigne necedad es inferir causa preternatural, donde la hay naturalísima. Haviéndole dicho á Olimpias, muger de Filipo de Macedonia, que una muger baxa, de quien Filipo estaba ciegamente enamorado, le havia dado sin duda hechizos. Hizo Olimpias traerla á su presencia, como ya diximos en otra parte; y viendo que era muy linda, con afabilidad bien extraña en muger zelosa, la dixo: ¡Ab hija mia! in carate defende de la acusation de hechizera; pues no es menester mas hechizo, que in hermosura, para prender quantos la vieren. Parece que con alguna apariencia de razon se discurre en hechizos, quando el amor es muy grande, y muy tenáz, y el